

Publicación original:

Torres Santo Domingo, Marta, “Los libros de las bibliotecas forman magníficos parapetos”, en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República: arquitectura y Universidad durante los años 30*, Santiago López-Ríos Moreno y Juan Antonio González Cárceles, comisarios, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales : Ayuntamiento de Madrid : Fundación Arquitectura COAM, 2008, págs. 584-599.

Los libros de las bibliotecas forman magníficos parapetos

Marta Torres Santo Domingo

Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid

“En Filosofía y Letras está lo mejor el antifascismo europeo. Los libros de las bibliotecas forman magníficos parapetos. Contra ellos se rompen los esfuerzos de la facción”¹.

Cuando en 1938 el periodista Eduardo de Guzmán relata en su obra *Madrid Rojo y Negro* el inicio de la guerra civil en Madrid, es ya muy conocido un hecho que impresiona vivamente a todos los que de él tiene noticia. En noviembre de 1936, la lucha por Madrid tiene su batalla más cruel en la Ciudad Universitaria y en el paisaje de destrucción que se va dibujando conforme avanzan las bombas y las balas, pronto queda desnudo, desprotegido y mutilado el corazón de la universidad, su biblioteca. Esta es la historia, por tanto, de la destrucción de una biblioteca que era el orgullo de todos los que la crearon y conocieron. Pero es, también la historia de la lucha por su salvamento y recuperación. Décadas de trabajo de varias generaciones de bibliotecarios han conseguido, nuevamente, llevar a la Biblioteca Complutense a los niveles que se soñaron en aquellos tiempos. Sin embargo, es hoy una obligación recordar a aquellos que vivieron tiempos de guerra en nuestra biblioteca y, sobre todo, a los que lucharon por salvarla y por dejarnos una herencia que nos obliga, por respeto a ellos, a

¹ Eduardo de Guzmán, *Madrid Rojo y Negro*, Madrid, Oberón, 2004, p. 185 (1ª ed. 1938)

enriquecer, proteger y salvaguardar la Biblioteca Complutense para las generaciones venideras

LIBROS QUE SALVAN VIDAS

“Cuando el 16 de noviembre uno u otro bando transformaron en una fortaleza cada edificio de la Ciudad Universitaria, se había iniciado una de las batallas más extrañas de la Historia... Poco después de que los hombres de Asensio se apoderaran de la Facultad de Filosofía y Letras, los contingentes franco-belgas o alemanes de la Brigada Internacional XI irrumpieron en el edificio y combatieron a los rebeldes con granadas y bayonetas de rellano en rellano. La sangre descendió por las escaleras y cedieron las retorcidas barandillas, mientras los heridos y los muertos yacían juntos en desorden en casi todas las habitaciones. [...] Los nuevos ocupantes levantaron barricadas en todas las puertas y ventanas con todas las cosas que pudieron hallar: mesas, sillas, escritorios y cientos de libros descubiertos en la biblioteca del sotano...”²

Así relata Dan Kurzman el inicio de la batalla en la Facultad de Filosofía y Letras y así comienza el principio del fin de una de las bibliotecas más importantes de aquella España de la Edad de Plata.

Era una magnífica y cuidada biblioteca que albergaba unos 150.000 libros con toda la bibliografía científica que tanto esfuerzo había costado formar durante todo el siglo XIX y primer tercio del XX y a la que se habían ido incorporando importantes bibliotecas privadas. Pero además, conservaba los mejores tesoros que tenía la universidad: aproximadamente unos 40 o 50.000 libros de los siglos XV al XVIII procedentes de la biblioteca más importante del Madrid barroco, formada por los jesuitas para el Colegio Imperial, luego transformado en los Reales Estudios de San Isidro; y, sobre todo, los códices más antiguos que habían sido adquiridos por el cardenal Cisneros para la biblioteca renacentista que creó en Alcalá y que, por miedo a las bombas y disturbios que se sucedían en el centro de Madrid, habían sido llevados al nuevo y vanguardista edificio de la Facultad de Letras de la Ciudad Universitaria.

En la primera fase de la batalla de Madrid, en noviembre de 1936, fue la recién creada Brigada Internacional XI al mando del general Kébler, la encargada de defender la zona noroeste de la capital. Pronto, el cuartel general de la brigada quedó instalado en la Facultad de Filosofía y Letras.

² Dan Kurzman, *Milagro en noviembre*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, pp. 346-346

Algunos de los brigadistas que sobrevivieron quedaron marcados para toda su vida por lo que vivieron en aquellos años y son varios los que han dejado por escrito la memoria de lo que allí sucedió. En medio de los relatos de la guerra aparece la Biblioteca de Filosofía y Letras, sus libros como parapetos y la destrucción de la biblioteca. Los británicos John Sommerfield, John Cornford y Bernard Knox, el italiano Luigi Longo, los alemanes Gustav Regler y Willi Bredel, o Alejo Carpentier son algunos de los escritores cuyos testimonios podemos recordar³:

Bernard Knox nos relata, por ejemplo:

“Las barricadas estaban hechas con libros de la biblioteca; cogimos los más grandes y voluminosos que pudimos encontrar.... Más tarde descubrimos, después de escuchar los impactos de las balas en los libros, que el grado de penetración de las balas llegaba aproximadamente hasta la página 350; desde entonces me incliné a creer, como nunca lo había hecho antes, aquellas historias de soldados cuyas vidas habían sido salvadas por una Biblia que llevaban en el bolsillo de su chaqueta...”⁴.

Alejo Carpentier recuerda también aquellos días en Madrid poniendo en boca de un brigadista cubano, en *La Consagración de la Primavera*, el siguiente relato:

“...Si. Había estado en la defensa de Madrid. En los peores tiempos. Los de la Ciudad Universitaria. Cuando el Comuna de París ocupó Filosofía y Letras, y se hicieron parapetos con libros: de Kant, Goethe, Cervantes, Bergson... y hasta Spengler. Pero mejor cuando eran autores de muchos tomos, porque a Pascal, a San Juan de la Cruz, a Epicteto, los hubiesen traspasado con una sola bala de fuerte calibre. Lo que allí servía eran los setenta y cuatro tomos de Voltaire, los setenta de Victor Hugo, las obras completas de Shakespeare, la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, empastados y en papel de mucho cuerpo... - “Ahí supe, de bruces entre bibliotecas transformadas en parapetos, que las letras y la filosofía podían tener una utilidad ajena a la de su propio contenido... Ahí, metiendo el cañón de mi fusil entre tomos de Galdós – otro autor muy apreciado, por prolífico, en tales momentos....”

³ Algunos de estos testimonios están recogidos en: Marta Torres Santo Domingo, “Libros que salvan vidas, libros que son salvados: la Biblioteca Universitaria en la Batalla de Madrid”, en *Biblioteca en guerra*, ed. Blanca Calvo y Ramón Salaverría, Madrid, Biblioteca Nacional, 2005, pp. 259-285. Véase también el artículo de Niall Binns en este mismo libro.

⁴ Bernard Knox, “Premature Anti-Fascist”. Abraham Lincoln Brigade Archives, Bill Susman Lecture Series. King Juan Carlos I of Spain Center, New York University, 1998. http://www.alba-valb.org/lectures/1998_knox_bernard.html.

El alemán Willi Bredel fue el comisario del batallón Thaelmann y este es su testimonio:

“Por el edificio de la gran Biblioteca se luchó durante días y mientras las bombas fascistas giraban en el aire, los tanques fascistas rodaban, las metralletas ladraban, las granadas de mano tronaban y se colocaba dinamita en los subterráneos; los republicanos se esforzaron por salvar las obras de la cultura de ese Centro, por mantener los raros y lujosos tomos de la famosa biblioteca y los valiosos instrumentos científicos para el pueblo⁵”.

En diciembre de 1936 los atacantes de Madrid ya habían tomado la decisión de postergar la toma de la capital y seguir la ofensiva en otros frentes. La guerra perdió dureza en Madrid aunque nunca terminó la lucha en la Ciudad Universitaria que siguió siendo hasta el último momento zona de combate abierto.

La Brigada XI fue destinada a otro frente y la defensa de la Ciudad Universitaria fue encomendada al llamado Batallón de *Comuneros de Castilla* integrado en la 40 Brigada Mixta del ejército popular republicano, dentro de la 7ª División. También del paso de este batallón por la Biblioteca Complutense queda algún testimonio emocionante como es la carta que uno de los soldados escribió en una de las hojas preliminares de una obra del siglo XVIII⁶. Fechada en el Frente de Filosofía y Letras el 4 de junio de 1937 dice así:

Mi querido primo desearia que si al lle // gar esta en tu poder de[s]frutases de un buen estado // de saluz como yo para mi lo deseo. Salud // primo comprendo que dirás que e tardado // bastante en escribirte pero te ago de saber // que no e podido escribirte antes porque no e // podido, // que emos estado muy ocupados de manera // que recuerdos para todos tus amigos y // tu recibes el cariño de este que solo es te // quiere y no te olvida y lo es // Frente de Fisolofta y // Letras // Batallón de Comuneros // Compañía de Ametralla // dora Madrid // Firma uno, // que se mueran // todos los fascistas Salud //

⁵ Willi Bredel, *Spanienkrieg I. Zur Geschichte des 11. Internationalen Brigaden*, Aufbauverlag, Berlin und Weimar, 1977. p. 86. Traducido del original alemán por Teresa Ruano.

⁶ Mercedes Cabello, Marta Torres, “Otro testimonio de la guerra civil en la Biblioteca Complutense: el Batallón de Comuneros de Castilla”, en *Pecia Complutense*, nº 9, junio de 2008.

EL SALVAMENTO DEL TESORO: UNA MISIÓN BIBLIOTECARIA EN ZONA DE COMBATE

La destrucción y salvamento de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid fue, en palabras de José Álvarez Lopera, uno de los asuntos más “enojosos” y “permanente fuente de sinsabores” para los encargados de la protección del patrimonio histórico madrileño⁷. La necesidad militar de las primeras semanas de la violenta defensa de Madrid, en la que la Ciudad Universitaria se vio convertida en pocos días en campo de batalla, puede explicar, aunque no justificar, el empleo de la biblioteca como improvisado sistema defensivo y, la utilización de sus libros como parapetos puede ser entendida en el contexto de lucha a vida o muerte en la que no hay elección posible. En el escenario de los combates que se estaban librando en aquellos días de noviembre de 1936 en Filosofía y Letras, quizás no había mucho margen para otras acciones.

Sin embargo, una vez estabilizado el frente aunque con constantes combates, la salvación de la Biblioteca de Filosofía y Letras se convirtió en un complejo escenario con algunas luces y sombras. Allí convivieron la preocupación del grave peligro de destrucción que embargaba a personas de la altura intelectual de Julián Besteiro o de maestros anónimos; la constante insistencia de profesionales conscientes de la riqueza bibliográfica que se estaba perdiendo, como los bibliotecarios de la universidad Bonifacio Chamorro, José Álvarez Luna o Ángel López y los miembros de la Junta Delegada del Tesoro Artístico como Matilde López Serrano; la comprometida acción de voluntarios de organizaciones frentepopulistas, como Cultura Popular, para los cuales la protección del patrimonio adquirió un valor político y propagandístico de primer orden; la inestimable colaboración de algunas unidades militares que, en medio de las acciones de combate encontraron el momento y la oportunidad de desviar recursos de la acción armada para salvar algunos miles de libros de la Biblioteca; pero, también, en la memoria de los libros perdidos de la Biblioteca de la Facultad encontramos la falta de atención de algunos responsables militares, no todos, que, inmersos en la preocupación diaria de hacer frente al enemigo en una ciudad asediada y llena de carencias, no prestaron oídos a la constante demanda de ayuda para salvar de la destrucción una

⁷ José Álvarez Lopera, *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, t. II, p. 134.

biblioteca que se estaba convirtiendo en un símbolo de desidia y barbarie. El relato de los hechos, en cualquier caso, habla por sí mismo.

Durante el año 1937, y paralelamente a la actividad militar que se desarrollaba en la universidad, comenzó la campaña del salvamento de los libros de la Facultad de Filosofía y Letras que aún pudieran recuperarse. En esa campaña, las balas y las tropas dejaron paso a los bibliotecarios de la universidad que aún permanecían en Madrid, dirigidos por José Álvarez Luna, nombrado Director en funciones por ausencia de Javier Lasso de la Vega.

Bonifacio Chamorro, entonces facultativo destinado en la Biblioteca de Derecho relata así, en un informe escrito en abril del 39, los acontecimientos:

“En la primera quincena de Marzo de 1937... [a iniciativa de Julián Besteiro] las fuerzas que guarnecían el edificio de aquella Facultad, en la Ciudad Universitaria, estaban dispuestas a permitir que se sacaran de la Biblioteca los libros que se creyeran mas estimables [...]. Fue preocupación nuestra que se quitaran de todas las ventanas los libros que servían de parapeto, por su propio salvamento, y por si aparecían entre ellos las valiosas Biblias de Derecho, no recuperadas. Pero la autoridad militar de aquel edificio exigía que se los sustituyera con sacos de arena; y aunque [se] hicieron gestiones, no fue posible proporcionarlos”⁸.

De esta primera intervención de salvamento se conserva un testimonio contemporáneo en una revista de la época, *Estampa*, que relata la aventura llevada a cabo por Ángel López, el bedel de la Biblioteca de Filosofía y Letras

“Día a día, por las trincheras, al abrigo de los parapetos, unos muchachos han ido trayéndose las pilas de libros que Ángel López ha seleccionado, salvándolos del tremendo desbarajuste de hojas impresas y manuscritos desgajados que había por los pabellones... Me enumera los hallazgos salvados a la invasión: más de ciento veinticinco códices, de ciento noventa y cinco volúmenes de incunables y de veinticinco manuscritos de la biblioteca de Derecho; más de trescientos, entre manuscritos, incunables y curiosos de la biblioteca de Filosofía y Letras....

Pero entre dato y dato, el dolor seco, seco, de este buen bibliógrafo, ahora auténtico bibliotecario, ahora poseedor del sueño de toda su vida...”⁹

⁸ Archivo de la Biblioteca de la Universidad Complutense (ABUC). Oficio de Bonifacio Chamorro al Jefe de los Servicios de Archivos y Bibliotecas. Madrid, 10 de abril de 1939.

⁹ Eduardo de Ontañón, “El portero bibliotecario o “Cultura Popular” salva de las balas la 2ª biblioteca de España, *Estampa*, nº 478, 20 marzo 1937.

Bonifacio Chamorro nos sigue relatando:

“A primeros de Julio del mismo año...el Sr. Besteiro, nos hizo saber que nuevamente había en Filosofía y Letras un Comandante dispuesto a facilitar la salida de libros, ofreciendo incluso el transporte, para el que se podría aprovechar el viaje de regreso de la camioneta que llevaba la comida a los soldados. [...] Unos cuantos voluntarios se encargaban de ir llevando los libros al vestíbulo Norte, donde había de cargarse la camioneta.... El segundo día tuvimos además que interrumpir el trabajo, por haberse trabado un poco de combate allí cerca. ... Y así recibimos en Derecho otros ocho o diez viajes de libros...”

Hubo algún intento más de recuperación de libros en el año 1938 y quedan testimonios de varias retiradas de libros hasta completar, al menos, 14 camiones que fueron a parar a la Biblioteca Nacional donde a través de la Junta Delegada de Incautación y Protección del Tesoro Artístico de Madrid se habían formado equipos de bibliotecarios para la recuperación del patrimonio bibliográfico. Algo de lo que había pasado con la biblioteca de la Facultad debía llegar a los oídos de los profesores. Ortega y Gasset en una carta a Julián Marías, fechada en Coimbra el 5 de mayo de 1939 y conservada por la familia del entonces joven estudiante, le pide: “Deme noticias un poco precisas de cuánto ha sufrido la Biblioteca de nuestra Facultad. Lo que oigo es vago y contradictorio”¹⁰

Paralelamente, en la zona de la Ciudad Universitaria controlada por Franco se estaba desarrollando una operación similar para intentar salvar de la destrucción otra gran Biblioteca, la de la Escuela de Arquitectura. En efecto, a instancias de Modesto López Otero, arquitecto de la Ciudad Universitaria, que estaba en San Sebastián y, utilizando los mulos de aprovisionamiento del ejército, se sacaron miles de libros que fueron evacuados a Ávila lo que no evitó, sin embargo, que se perdiesen documentos valiosísimos de Ventura Rodríguez, Amador de los Ríos y muchos otros.

LA RECUPERACIÓN DE LA BIBLIOTECA Y LA MEMORIA DE LO PERDIDO

¹⁰ Santiago López-Ríos me hace llegar este dato que le facilita Daniel Marías. Agradezco a ambos la información.

Desde el final de la guerra y durante toda la década de los años cuarenta son constantes los esfuerzos de los bibliotecarios de la universidad por reconstruir la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras y volver a ponerla en marcha. Pero el punto de partida era desolador. El edificio estaba destrozado, no había recursos y faltaban muchos bibliotecarios al haberse producido bastantes vacantes por razones diversas que más adelante se analizarán. Los libros estaban desparramados por distintos lugares del edificio, tirados por los terrenos cercanos, colocados en distintos depósitos provisionales de Madrid, en algunos domicilios particulares, etc. Había, además, una gran falta de seguridad en el propio emplazamiento de la Facultad en la Ciudad Universitaria donde miles de libros estaban al albur de quienes por allí pasaran o, incluso, al raso.

A pesar de todo ello y mientras comenzaban los trabajos de reconstrucción de la Ciudad Universitaria, los bibliotecarios de la Universidad, nuevamente bajo la dirección de Javier Lasso de la Vega, emprendieron enseguida la tarea de recuperación de la Biblioteca con los escasos recursos que tenían a su disposición. Durante los años de 1939 a 1943 se recogieron en sacos las fichas del catálogo y restos de libros, se llevaron a cabo tareas de desescombro para la retirada de obras, se tapiaron los boquetes del depósito y de las salas de la biblioteca, se trasladaron los libros que habían sido llevados durante la guerra a depósitos provisionales, especialmente a la Biblioteca Nacional, se recuperaron obras que estaban en manos de particulares o, incluso aparecían a la venta en la cuesta Moyano o en el Rastro.

Como caso extremo, ejemplo de lo que estaba pasando con los libros de la Biblioteca de Filosofía y Letras, tenemos el ocurrido en agosto de 1940, que debió de adquirir tintes de escándalo. El Director General de Archivos y Bibliotecas le escribe al Director de la Biblioteca de la Universidad Central que ha recibido un comunicado del Servicio de Recuperación Bibliográfica que dice lo siguiente:

“Hace quince días se comunicó a esta Jefatura que por la trapería de la calle Valverde nº 13 se habían adquirido libros destinados a ser vendidos para pasta de papel, con ex libris de la Biblioteca de la Facultad de F. y L. Trasladado al establecimiento citado después de comprobar que los expresados volúmenes habían sido rescatados por la facultad de Filosofía y Letras a excepción de seis tomos que a su vez fueron recuperados en una pescadería donde se destinaban a envolver mercancías: todo el interés ha sido averiguar la procedencia de las obras para actuar en consecuencia, resultando: 1º que los libros proceden de las trincheras de la Ciudad Universitaria, en donde pueden localizarse todavía si se practican verdaderas

excavaciones. 2º que en dicho lugar se han recogido dos camiones de libros que se remitieron a las fábricas de papel de Alcoy para pasta cuya recuperación se gestiona mediante orden telegráfica por la Dirección General de Archivos. Como consecuencia cree el que suscribe que debe facultarse a un Funcionario Facultativo de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras para que con una de las cuadrillas de obreros que en la Ciudad Universitaria trabajan, pueda destinar unos días a practicar investigaciones en dichos terrenos”¹¹

En 1943 el edificio de Filosofía y Letras ya había sido reconstruido y estaba nuevamente en funcionamiento. Con gran boato y bajo la presidencia de Franco se llevó a cabo la ceremonia de inauguración el día 13 de octubre de 1943, haciéndolo coincidir con el Día de la Raza. Paralelamente, se promulgaba la Ley de Ordenación Universitaria que robustecía los poderes rectorales desde los criterios de autoridad y jerarquía. Como el nuevo Estado se había marcado, una nueva Universidad estaba naciendo. Y en esta nueva Universidad, no parece que la Biblioteca estuviese en los planes de la época y todo el lujo y la magnificencia de los edificios recién reconstruidos contrastaba con la realidad de la Biblioteca. Como ejemplo, la Guía de la Universidad de Madrid correspondiente al año 1945 da una cifra de sólo 8.924 volúmenes en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, sin contar con los fondos antiguos, a cuya total ordenación aún no se había llegado. Atrás habían quedado los casi 150.000 libros que había tenido en 1936 una de las mejores bibliotecas de la Edad de Plata. En los años 60, treinta años después, la biblioteca apenas llegaba a los 100.000. Hay quien estima que se perdió un tercio de los fondos, aunque no existen cuantificaciones fiables.

Todavía en la actualidad, se encuentran en los depósitos de la Biblioteca Complutense testigos de la guerra civil: libros mutilados, hojas rasgadas por trozos de metralla, libros deformados por el peso de los escombros, huellas de numerosos impactos de bala, manuscritos borrados y comidos por la humedad, semipodridos...

Uno de los principales problemas para conocer la memoria de lo perdido ha sido la falta de catálogos e inventarios publicados con anterioridad a la guerra. Basándose en uno de los pocos que existían, Manuel Sánchez Mariana pudo hacer a finales de los años 90, una lista de los códices que se pueden dar por definitivamente perdidos: varios manuscritos de los siglos X al XV entre los que destaca una de las Biblias visigóticas del siglo XI más bellas de España, con magníficas ilustraciones miniadas de las que sólo nos queda el recuerdo de algunas fotografías en blanco y negro anteriores a la guerra.

¹¹ Archivo BUC. Comunicaciones y Oficios. Nº 3622.

Todavía el año pasado se han podido identificar otros dos códices que aparecían como perdidos. Del resto de los manuscritos y libros impresos perdidos no se puede dar más información¹².

El capítulo de la restauración ha sido y sigue siendo uno de los más complejos de llevar a cabo, fundamentalmente por los grandes costes económicos que conlleva. Algunas obras se llevaron en los años 70 al Servicio Nacional de Restauración de Libros y Documentos. Sin embargo, hasta la creación y puesta en marcha del Departamento de Conservación y Restauración de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, en el año 2000, no se ha podido establecer un verdadero plan para la recuperación de los fondos más valiosos.

LOS BIBLIOTECARIOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

A la pérdida de la biblioteca hay que sumar una pérdida aún más terrible, la de los bibliotecarios de la universidad que la soñaron, la crearon, y la protegieron. En julio de 1936 estaban destinadas en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras las siguientes personas: Facultativos, Juana Capdevielle (ausente en La Coruña), Camilo Vilaverde García, Nicéforo Cocho, María Muñoz, María Luisa González (ausente en Becedas), María Galvarriato (ausente en Santander), Pedro Morales Muñoz (interino), Jorge Hernández Millares (interino); Auxiliares, María Rodríguez San Pedro (ha presentado certificado facultativo); Subalternos, Ángel López, Manuel Campos, Emilio Arreba y Luciano Lacort. Después de la guerra, muchos bibliotecarios no volvieron a sus puestos de trabajo.

El Director de la Biblioteca universitaria en funciones durante toda la guerra, José Álvarez Luna, “celoso defensor de los fondos y salvador de una gran parte de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras” fue depurado con cinco años de traslado de Madrid e inhabilitación para cargos directivos y de confianza. Terminó su vida profesional en el Archivo de Hacienda de Cuenca.

Entre los facultativos destinados en la Biblioteca de la Universidad de Madrid, estaba Juana Capdevielle, Jefe de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras a

¹² Manuel Sánchez Mariana, “Los códices del Colegio Mayor de San Ildefonso”, en *De libros y bibliotecas, homenaje a Rocío Caracuel*, Sevilla, Universidad, 1995. Mercedes Cabello, “Dos códices recuperados”, en *Pecia Complutense*.

partir de 1932. Desde entonces y hasta 1936 fueron unos años, para Juana, de gran actividad profesional estimulada por el movimiento bibliotecario de aquella década y el ambiente progresista en el que se desenvolvía. Participó en el traslado de la Biblioteca de Filosofía y Letras desde el viejo edificio de los Estudios de San Isidro en la calle de Atocha al vanguardista edificio recién construido en la Ciudad Universitaria; trabajó en la biblioteca del Ateneo, se implicó en diversas actividades profesionales como el estudio de las clasificaciones sistemáticas y el desarrollo de las bibliotecas hospitalarias, y colaboró en la Asociación de Bibliotecarios y Bibliógrafos de España en la que llegó a ser tesorera. Asimismo, participó en seminarios como las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas de Genética, Eugenesia y Pedagogía Sexual celebradas en 1934 o el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía que tuvo lugar en 1935, presentando ponencias en ambas reuniones. Estudiante, trabajadora y profesional, Juana, al iniciarse el año 1936 había encontrado el amor.

*“Para mi, el amor es algo así como el sostén de la vida [...] Esto es lo que pediría yo para el amor en el futuro: solidez y firmeza [...]. Y el matrimonio, en su sentido más amplio, es la unión de dos seres libres y conscientes que saben que se complementan, y que juntos podrán afrontar la vida, lo mismo en el placer que en el dolor [...]”*¹³

¡Qué poco imaginaba Juana lo certero de sus palabras! En marzo de 1936 se casaba con Francisco Pérez Carballo (1911-1936), también profesor de la universidad en la Facultad de Derecho. Era Francisco un miembro relevante de Izquierda Republicana además de un universitario comprometido como demuestra el discurso que pronunció como representante de la FUE en la inauguración del curso 1933-34. Para él, la universidad moderna debía ocuparse del sentimiento del mundo, y ser núcleo de cultura viva. En abril de 1936 Francisco Pérez Carballo fue nombrado Gobernador civil de la Coruña y Juana le acompañó a su destino, destino de amor y de muerte. La Coruña fue una de las primeras ciudades en caer en manos de los sublevados y el 20 de julio apresaban al Gobernador. El 24 de julio, moría fusilado. Mientras, su esposa comenzó un calvario que duraría un mes. Escondida primero y encarcelada después, pierde en la cárcel el hijo que esperaba. Fue liberada y más tarde, el 18 de agosto, apresada por la

¹³ Juana CAPDEVIELLE, “El problema del amor en el ambiente universitario”, en Enrique NOGUERA y Luis HUERTA (eds.), Libro de las Primeras Jornadas Españolas Eugénicas Españolas: Gnética, eugenesia y pedagogía sexual, Madrid, Javier Morata, 1934, v.II, págs. 274-292

Guardia Civil en su refugio de la casa del diputado de Izquierda Republicana Victorino Veiga, en Culleredo. A la mañana siguiente, apareció asesinada en una cuneta, en un lugar llamado Monte Gándara, en el kilómetro 526 de la carretera N-VI, cerca de Rábade, Lugo. Cuando la encontraron, llevaba un vestido verde, un anillo de oro, y unos zapatos blancos de tacón. Ni siquiera tuvo el consuelo de leer las últimas palabras que le escribió Francisco:

Juana,

Has sido lo más hermoso de mi vida. Donde esté y mientras pueda pensar, pensaré en ti. Será como si estuviésemos (estemos) juntos. Beso tu anillo una vez cada día. Te quiero. Paco

Para Juana Capdevielle, mi querida esposa.

Viernes, 24 de julio de 1936, cinco de la madrugada¹⁴.

Nicéforo Cocho Fernández era otro de los funcionarios del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos destinado en la Biblioteca de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Inmediatamente acabada la guerra pasó unas semanas en la cárcel y, posteriormente, y a propuesta del Juez instructor que promovió su expediente de depuración, se le impuso, con fecha de 21 de diciembre de 1939, la sanción de separación definitiva del servicio.

Camilo Vilaverde García también estaba destinado en la Biblioteca de Filosofía y Letras en julio de 1936. Durante la guerra participó activamente en diferentes ámbitos de la política relacionada con las bibliotecas. Así, fue el primer Secretario General del Sindicato de Trabajadores, Archivos, Bibliotecas y Museos y miembro del Frente Popular del Ministerio de Instrucción Pública. Después de la guerra fue juzgado y condenado por la Jurisdicción Militar a la pena de 20 años y un día de reclusión mayor.

¹⁴ ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN (AGA), expedientes de Juana Capdevielle San Martín, 32/14055 (Legajo 708122) y 31/6995 (Legajo 9293-1); UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. Archivo de la Dirección de la Biblioteca, serie *Comunicaciones y Oficios, Actas de Juntas de Directores*; “Juana Capdevielle”, en *Biblioteca en Guerra* (B. CALVO y R. SALABERRÍA, ed.), Madrid, Biblioteca Nacional, 2005, pág. 164; C. BLANCO, “Juana Capdevielle”, en *Album de mulleres*, 2006, <http://www.culturagalega.org/album>; C. BLANCO, C. VEIGA, E. LUACES, C. RODRÍGUEZ FER, “Juana Capdevielle e Mercedes Romero Abello”, en *Unión Libre, Cadernos de Vida e culturas*, nº 11 (2006), págs. 13-61.

Se le indultó el 25 de abril de 1950 y catorce años después, cuando ya había cumplido los 65 años, se revisó su expediente y se le permitió la reintegración al servicio¹⁵.

Jorge Hernández Millares era facultativo interino en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras en 1936. Sobrino de Agustín Millares Carló, después de la guerra partió al exilio con la ayuda de su tío y desarrolló toda su carrera en el extranjero.

Otro de los grandes protagonistas del salvamento de los libros de la Biblioteca de Filosofía y Letras fue, ya lo hemos visto, Ángel López, bedel de la biblioteca y responsable de Cultura Popular durante la guerra cuyos esfuerzos fueron esenciales para la retirada de los libros más valiosos de la Facultad. Después de la guerra la siguiente y última noticia que tenemos de Ángel López es del 16 de octubre de 1940. Ese día fue fusilado en las tapias del Cementerio del Este¹⁶. Tenía 41 años.

María Galvarriato y García, funcionaria del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos desde el 20 de febrero de 1935, estaba destinada en 1936 en comisión de servicios en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El 18 de julio se encontraba de vacaciones en la provincia de Santander y allí pasó la guerra, dando clases de latín durante varios meses, de abril a julio de 1937, en el Instituto de Torrelavega. En septiembre de 1940 consiguió superar el proceso de depuración abierto contra ella sin imposición de sanción pudiendo continuar en el servicio activo¹⁷. Desde el 4 de julio de 1941 hasta el año 1971 fue la Directora de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. A ella, por tanto, le correspondió la ardua tarea de la reconstrucción de la biblioteca destruida.

Mucho queda por decir de aquellos años en los que una de las bibliotecas más ricas de España quedó destrozada. Y muchos libros quedan por restaurar. Sin embargo, los bibliotecarios de la Universidad Complutense hemos decidido que algunos de ellos no se restauren y queden como testigos de lo que ocurrió en aquella batalla de Madrid, para que sus lomos agujereados y sus hojas rasgadas nos hablen de unos acontecimientos sangrientos que no deben olvidarse jamás.

¹⁵ Archivo MEC. Revisión de Depuración de Camilo Vilaverde García. Archivo MEC legajo 83718, expediente 6181

¹⁶ Mirta Núñez Díaz-Balart y Antonio Rojas Friend. *Consejo de Guerra. Los fusilamientos en el Madrid de la posguerra (1939-1945)*. Madrid, Ed. Compañía Literaria, 1997.

¹⁷ AGA. Expediente de María Galvarriato y García, legajo 14068-70, Caja AGA 31/6055

